

EN TORNO A LA MEDICINA ROMANA

ENRIQUE GOZALBES CRAVIOTO
Universidad de Castilla-La Mancha

INMACULADA GARCÍA GARCÍA
Universidad de Granada

RESUMEN: La medicina ocupó una posición muy importante dentro de la civilización romana, y tuvo un gran desarrollo en Hispania. La tesis tradicional que apuntaba a una clara subordinación respecto a la medicina griega ha sido contestada en muchos estudios recientes. En el presente artículo se analiza la bibliografía sobre la medicina romana, con especial atención a la Hispania romana.

ABSTRACT: The medicine took up a very important position inside the Roman civilization, and it had a great development in Roman Spain. The traditional thesis that was pointing at a clear subordination with regard to the Greek medicine has been answered in many recent studies. In the present article the bibliography is analyzed on the Roman medicine, with special attention to the Roman Spain.

La Historia de la Medicina en época romana ha sido desarrollada en diversas ocasiones. Es cierto que la misma ha sido objeto de atención con mucha mayor frecuencia por parte de médicos que por parte de historiadores de la antigüedad que, por lo general, han dejado de lado esta temática en la que podían encontrarse menos seguros. Obviamente, las formaciones intelectuales y técnicas de cada uno de estos especialistas son diferentes, lo que ha producido en ocasiones miradas que no son del todo confluentes sobre la medicina en época romana.

En lo que respecta a la medicina en la Hispania antigua, la atención prioritaria prestada en su día por parte de médicos, completada con el estudio del instrumental médico-quirúrgico hallado en excavaciones, ha dejado paso en los últimos tiempos a la aparición de algunos trabajos que han partido desde la perspectiva del historiador de la antigüedad¹. Sin duda, es procedente al respecto la mirada cruzada de especialistas históricos y sanitarios, desde la que formularemos la siguiente revisión historiográfica, que dirigimos de lo más general a

¹ Un breve apartado sobre la enfermedad y la medicina en la Hispania romana fue recogido por J.J. Sayas, "La vida privada", en R. Menéndez Pidal (fundador), *Historia de España. II, 2. España Romana (218-414 de J. C.). La sociedad, el derecho, la cultura*, Madrid, 1982, pp. 243-246.

lo particular, sabiendo que, en todo caso, es imposible abarcar en la misma la totalidad de la bibliografía internacional.

En primer lugar del presente estado de la cuestión, debemos citar algunas obras generales históricas sobre la ciencia que se convirtieron en “clásicas”, entre las que destacan la *Historia de la Medicina* de A. Castiglione (existe una traducción española, Barcelona, 1941), en las producciones anglosajonas la ya anticuada obra de F.H. Garrison, *An introduction to the History of Medicine* (Filadelfia, 4ª ed., 1929), la de H. E. Sigerist, *History of Medicine* (Nueva York, 1951), o la de R. Major, *A History of Medicine* (2 vols., Springfield, 1954). Por su parte, en la historiografía francesa, entre otras obras, la muy reciente de R. Dachez, *Histoire de la Médecine de l'Antiquité au XX siècle* (Paris, 2004). Finalmente, una obra muy bien planteada, con una clara exposición de los distintos temas, y que por ello está influyendo bastante en España en los historiadores y sanitarios, es la monografía del francés M. Sendrail, *Histoire culturelle de la maladie* (Toulouse, 1980), que ha sido también traducida al español (*Historia cultural de la enfermedad*, Madrid, 1983). El autor de este estudio dirige la mirada no tanto a los saberes médicos como al tema que interesa más al historiador, la incidencia de la enfermedad en la sociedad.

En el caso de publicaciones efectuadas en España destaca sobre todo la monumental y moderna *Historia Universal de la Medicina* (7 volúmenes, Barcelona, 1972), dirigida por Pedro Laín Entralgo, con aportaciones de F. Kudien, “Medicina helenística y helenístico-romana”, de L. García Ballester, “Galeno”, y de M. y P. Schmidt, “Medicina posgalénica”. En todas ellas existe un análisis de la aportación romana como una derivación directa, si se quiere menor, de la medicina hipocrática griega vista como el vértice de la medicina antigua. Estas aportaciones, dirigidas de partida en esa dirección, se han centrado sobre todo en el saber profesional de los médicos como protagonistas de la Historia. En fechas bastante recientes debemos destacar un análisis más divulgativo y conciso pero que ha seleccionado la atención en el enfermo, y en el propio hecho de enfermar, cuestiones en las que destaca la monografía de M. Ruiz Bremón y M. P. San Nicolas Pedraz, *Enfermar en la antigüedad* (Madrid, 2008). Así pues, las autoras dirigen la mirada no a los elementos del saber médico, planteados de forma tradicional, sino a la incidencia de la enfermedad en las personas y de forma subsidiaria en la sociedad.

Una atención monográfica sobre la medicina antigua también se planteó desde algunos trabajos elaborados en el siglo XIX. El interés por la medicina de los antiguos romanos se dirigió al estudio preferente de las aportaciones de las grandes figuras que en el terreno de los tratados científicos representaron Celso y Galeno con sus escritos sobre medicina. Más allá de la atención concreta sobre estos autores, debe destacarse la obra de M. Albert, *Les médecins grecs à Rome* (Paris, 1884), en la que se estudiaba inicialmente la recepción de la medicina hipocrática en Roma, y algo más tarde los volúmenes sobre epigrafía de médicos y medicina de R.

Blanchard, *Épigraphie médicale*, Paris, 1908 y 1915 (a partir del *CIL*), y el de C.R. Simboll, *Faith eures in the Roman Empire in the first two centuries* (Columbia, 1919). Después de las anteriores destacará otra monografía, la de T.C. Allbott, *Greek medicine in Rome* (Londres, 1921), y con bastante posterioridad *Doctors and Diseases in the Roman Empire* (Londres, 1966) de R. Jackson, así como el volumen dirigido por H. Flashar, *Antike Medizin* (Darmstadt, 1971).

En el caso de estudios realizados por españoles deben destacarse diversos trabajos elaborados en su día por parte del ya citado P. Laín Entralgo, así como el más “clásico” sobre la Hispania romana de J.L. Cassani, “La medicina romana en España y su enseñanza” (*Cuadernos de Historia de España*, 12, 1949, 51-69). Pero destaca sobre todo la obra de J. R. Zaragoza Rubira, *Medicina y sociedad en la España Romana* (Zaragoza, 1971), que es una síntesis que recoge un análisis detallado de la documentación disponible que completaba otros trabajos anteriores publicados por el propio autor (sobre la pediatría o la urología en la España antigua, o la medicina en la conquista romana de Hispania, entre otros). El autor destacaba sobre todo la contribución de la medicina popular, tal y como aparece documentada en las fuentes clásicas, que enlazan hasta los cánones del Concilio de Elvira².

En esta misma época debe destacarse una obra de referencia básica sobre la medicina en época greco-romana, la obra de L. Gil, *Therapeia. La medicina popular en el mundo clásico* (Madrid, 1969). En ella se incidía en los aspectos mágicos y en la necesidad de observar la sociedad antigua mucho más propicia a la curación milagrosa que al médico profesional; complementario del anterior puede considerarse la monografía de P. Laín Entralgo, *La curación por la palabra en la Antigüedad Clásica* (Madrid, 1987), así como la publicación de J. Alsina, *Los orígenes griegos de la medicina occidental*, Barcelona, 1982. El trabajo de J.M. López Piñero, *La Medicina en la Antigüedad* (*Cuadernos de Historia-16*, nº 256, Madrid, 1986), constituye una apreciable síntesis de alta divulgación sobre una cuestión poco atendida por parte de los historiadores, en concreto los conocimientos médicos. Todo ello junto a multitud de trabajos en revistas, como es el caso de la publicación con mayor tradición al respecto de la Historia de la Medicina en España,

² Con anterioridad, una visión muy general sobre la medicina y las enfermedades en las ciudades romanas de Hispania se recoge en la obra de J. de C. Serra Rafols, *La vida en España en la época romana*, Barcelona, 1944, pp. 216-220. Alude al completo material quirúrgico encontrado en momentos próximos en Mérida: “comprendía cauterios de las formas más variadas, ya que los antiguos para la desinfección no conocían otro procedimiento seguro que la cauterización, cuchillos, lancetas y bisturís, sondas de todas clases macizas y huecas, pinzas, muchas de ellas destadas, ntenazas y tijeras rectas, y con toda suerte de curvaturas, espéculos, escalpelos, ventosas, cánulas, aparatos para ginecología que permitían intervenciones muy difíciles en partos complicados, agujas y una gran cantidad de instrumentos para tratar los huesos”. Vid. el extenso trabajo de M. Sanabria Escudero, “La medicina emeritense en las épocas romana y visigoda”, *Revista de Estudios Extremeños*, 20, 1964, pp. 53-84.

Asclepios publicada por el CSIC, o incluso en otras de mucha menor difusión y dirigidas al mundo médico.

No obstante, la atención concreta sobre los aspectos médicos en la civilización romana se ha desarrollado en las últimas décadas, con una mayor proliferación de trabajos. Los mismos han partido quizás del acicate inicial de una obra de la escuela anglosajona, en concreto la titulada *Roman Medicine* (Nueva York, 1969), de J. Scarborough. Desde entonces ha aumentado bastante la atención sobre la medicina romana, hasta ese momento algo postergada en relación con la griega, y se han desarrollado tendencias diversas en la investigación, como ha destacado M. Burgy, “L’Histoire de la médecine dans l’Antiquité grecque et romaine. La recherche actuelle et les fonds disponibles”, *Rapport de recherches bibliographiques de l’Ecole Nationale Supérieure des Sciences de l’information et des bibliothèques* (marzo de 2003; el documento se encuentra en la Red). En este trabajo, como en otros muchos, se obvia totalmente la contribución española a estas cuestiones.

En las últimas décadas podemos mencionar la aparición de monografías muy diversas, que han sido escritas en diversas lenguas. En este sentido, en Estados Unidos destaca una obra que ha centrado la mirada más específica no en los conocimientos, ni en la incidencia social, sino en los tipos de enfermedades documentadas; nos referimos en concreto a la monografía de D. Brothwell y A.T. Sandison, *Diseases in Antiquity* (Springfield, 1987), con una cierta atención al periodo romano. Por su parte, también en el ámbito anglosajón, D.R. Langslow ha publicado su *Medical Latin in the Roman Empire* (Oxford, 2000), en el que ha centrado su atención en los aspectos semánticos referidos al estatus médico y a las distintas denominaciones de las enfermedades en los autores latinos.

Mención muy especial debe realizarse a las aportaciones recogidas en el tomo que se dedica a la Medicina en la obra enciclopédica *Aufstieg und Niedergang der Römischen Welt (ANRW)*. En la Serie II, volumen 37, en varios tomos que fueron publicados en 1993, diversos especialistas ingleses, norteamericanos, alemanes, franceses, y de otros países, desarrollan de forma bastante extensa algunas de las cuestiones. En lo que respecta a los aspectos más centrados en la evolución histórica, el ya citado Scarborough trata de “Roman Medicine to Galen” (pp. 3-48); V. Nutton trata sobre “Roman Medicine: tradition, confrontation, assimilation” (pp. 49-78); R.P.J. Jackson sobre “Roman Medicine: the Practitioners and their Practices” (pp. 79-101); J.M. Riddle acerca de “High Medicine and Low Medicine in the Roman Empire” (pp. 102-120); S.M. Oberhelman sobre “Dreams in Graeco-Roman Medicine” (pp. 121-156); A. Onnerfors acerca de “Magische Formeln im Dienste römischer Medizin” (pp. 157-224).

Otra parte importante de las aportaciones de los tomos del *ANRW* se centran en el estudio concreto de los escritores de medicina romana, y se analiza de forma extensa y completa la literatura médica alto-imperial en Roma (S. Sconocchia, G.

Flammini y F. Stok), el tratado médico tan valorado de Celso (A. Onnerfors y W. Deuse), la aportación de Scribonio Largo (S. Sconocchia) y Cassius Felix (A. Onnerfors), así como otros escritores médicos de zona oriental. Por supuesto, Galeno es objeto de una atención muy especial, con trabajos diversos de J. Kollesch, A. Debru, V. Boudon, D. Dean, M. Grmek, D. Manetti, L. García Ballester, entre otros.

Finalmente, también son capítulos importantes los que se dedican a las distintas especialidades médicas, entre ellas la pediatría (J. Bertier), la ginecología (D. Gourevitch), la oftalmología (R.P.J. Jackson), la epidemiología con atención especial a la malaria (J.P.F. Burke), o las enfermedades mentales (F. Stok).

De igual forma, en Italia se han realizado importantes investigaciones, como muestra la monografía de C. De Filippi, *Medici e medicina in Roma antica* (Turín, 1993), que es una puesta a punto sobre el tema. La obra de I. Mazzini, *La medicina de Greci et romani* (Roma, 1997), o las que son más concretas de C. D'Amato, *La medicina (romana)* (Roma, 1993), y de C. Ruffato, *La medicina Della Roma antica (Quintus Serenus Sanmonicus)* (Turín, 1996). Junto a ellas, otras obras como la de F. Kudlien, *Die Stellung des Arztes in der römischen Gesellschaft* (Stuttgart, 1986), o la de J. Korpela, *Das Medizinpersonal in antiken Rom* (Helsinki, 1987).

Una parte sustancial de las monografías principales que se han publicado en los últimos años están elaboradas en lengua francesa. Especialmente importante, por el análisis que realizó, integrando sobre todo la práctica médica y una especie de “vida cotidiana” del médico romano, fue la aportación de Jacques André (no confundir con el autor que luego mencionamos pese a la coincidencia del apellido), *Être médecin à Rome* (Paris, 1987). Además del anterior podemos mencionar un Coloquio internacional, con aportación de diversos autores, y que fue publicada con el título de *Les écoles médicales à Rome* (Génova, 1991); doce contribuciones reunidas por G. Sabbah (Ed.), y publicadas como monografía con el título de *Études de medecine romaine* (Saint-Etienne, 1989).

También destaca la aportación de D. Gourevitch, *Le triangle hippocratique dans le monde Gréco-Romain: le malade, sa maladie et son médecin* (Roma, 1984). El trabajo del médico de la OMS, M. Grmeck, *Histoire de la pensée médicale en Occident. I. Antiquité et Moyen Age* (Paris, 1983). O la monografía de G. Penso, *La Médecine Romaine. L'Art d'Esculape dans la Rome antique* (Paris, 1984); todas ellas continúan en la línea de centrar especialmente la mirada en los conocimientos médicos.

En el año 2006 se ha publicado en lengua francesa una importante monografía sobre la medicina en época romana. La misma ha sido redactada por Jean-Marie André, actualmente profesor Emérito de Universidades francesas, y ha aparecido con el título *La Médecine à Rome* (Paris, 2007). En la obra de Jean-Marie André se recogen de forma bastante extensa una multitud de datos sobre la medicina romana,

acerca de la que aporta novedosas sugerencias³. El autor es bien conocido por sus magníficos estudios sobre la civilización romana. Docente con contenidos concretos de Medicina romana, el material, así como otros trabajos escritos con anterioridad para diversas revistas, han sido aprovechados para la publicación de esta obra.

La mayor parte de la bibliografía disponible, y de forma muy señalada la mencionada con anterioridad, había destacado el carácter subsidiario, de una mera hijuela de la medicina romana respecto a la griega. Por el contrario, la obra de Jean-Marie André se desarrolla a partir de otra interpretación que, al menos en parte, resulta bien diferente, desde su análisis la medicina romana no se concibe como una simple alumna dócil de los contenidos aportados antes por la Grecia clásica y helenística. El uso que en Roma se hizo de esa aportación inicial rebasó muy ampliamente la mera reiteración, para incorporar elementos bastante novedosos. A su juicio, la gran originalidad latina radicó en el pragmatismo selectivo de las aportaciones médicas del hipocratismo griego. Esa selección permitió un mejor uso de la dietética, de la farmacéutica y, en último caso, de la propia cirugía.

En especial, la obra de Jean-Marie André aporta elementos de reflexión en lo relativo a la sociología de la curación y de la enfermedad, y también en la profundización a partir de la documentación jurídica, hasta ahora poco tenida en cuenta, pese al estudio tradicional de J. Jacquy, *De la condition juridique des médecins privés et des médecins officiels ou archiatres en Droit Romain* (Paris, 1877). En lo que respecta a la visión social, como es sabido la primera actuación de los médicos de influjo griego en Roma recibió el fuerte rechazo, que se trasluce en la literatura en ataques como los de Catón, Marcial o Juvenal.

Debe indicarse que el autor desconoce una aportación importante escrita en lengua francesa, la de C. Mouldy, “Étude sur la condition sociale des médecins dans l’Empire Romain” (*Caesaradonum*, 3, 1969), que le hubiera proporcionado más datos al respecto. También es significativo el análisis, en la bibliografía española, de J.F. Rodríguez Neila, *Medicus colonarum. Los médicos oficiales de las ciudades en época romana* (Córdoba, 1977). Por el contrario, la obra sí se muestra deudora en algunos aspectos, y al menos la menciona, de la anterior de Jacques André (*Être médecin à Rome*), y que a nuestro juicio continúa siendo otra referencia fundamental.

Son ya numerosos los trabajos que tratan de las cuestiones médicas concretas en diversas provincias del Imperio. Jean-Marie André en su monografía no trata de esos aspectos, concretando sólo algunos datos referidos a las Galias, indudablemente por el mayor interés comprensible del lector francés. En relación con la Hispania

³ Reseñas Bibliográficas de la obra de André hemos publicado por parte de E. Gozalbes en *Asclepio*, 59 (2), 2007, pp. 274-278, y por parte de E. Gozalbes e I. García en *Dynamis*, 28, 2008, pp. 427-429, donde analizamos los principales aspectos de la aportación novedosa de esta obra.

romana, una relación de los médicos que aparecen documentados por la epigrafía, aparte de en el trabajo antiguo ya citado de J.L. Cassani, fue recogida en el artículo de S. Crespo y L. Sagrado, “Las profesiones en la sociedad de Hispania romana” (*Hispania Antiqua*, 6, 1976, 53-78). Los resultados de este artículo se complementaron posteriormente con el de B. Rémy, “Les inscriptions de médecins découvertes sur le territoire des provinces romaines de la Péninsule Ibérique” (*Revue d'Études Anciennes*, 98, 1996, 133-172)⁴.

Sobre Hispania y otras provincias occidentales, el trabajo de H. Gallego Franco, “Los médicos y su integración socio-profesional en el Occidente romano: de Hispania a las provincias del Alto y Medio Danubio” (*Hispania Antiqua*, 23, 1999, 225-249) aporta otros elementos documentales. De igual forma, el volumen *Medicina y enfermedad en la Bética romana* (Málaga, 2004) de Juan Antonio Martín Ruiz, ofrece una breve pero significativa visión sobre aspectos diversos como magia y religión, enfermedades y esperanza de vida, métodos de curación, los profesionales médicos y la sociedad, así como acerca de diversos utensilios recuperados en Andalucía por la arqueología.

Son muchos los testimonios de las fuentes literarias en relación con la medicina romana, documentación principal que André analiza en su obra de una forma casi exhaustiva. Junto a los grandes tratados existe todo un conjunto de referencias en autores “menores”, así como alusiones al papel de la medicina y de los médicos. El trabajo de André constituye, sin duda, el principal elenco de un análisis realizado a partir de la utilización de una amplísima, podríamos considerar casi exhaustiva, nómina de las fuentes literarias greco-latinas, analizadas desde sus lenguas originales. En cualquier caso, existe un trabajo anterior que incorpora muchos datos ahora tenidos en cuenta, en concreto el de S. Sconocchia, “La medicina a Roma nel I secolo d.C.: Celso, Scribonio Largo, Plinio il Vecchio e Dioscoride”, *Memorie e Rendiconti Instit. March. Academia Scienze et Lett. e Arti* (24, 1987, 5-32).

Como es bien sabido, los tratados médicos de Galeno, de un lado, y de Celso, del otro, constituyen las principales obras escritas en época romana. La bibliografía sobre la aportación de ambos escritores de medicina es extensísima. Sobre el primero, junto a la producción española de L. García Ballester, *Galeno en la sociedad y en la ciencia de su tiempo* (Madrid, 1972), destacamos el volumen de D. Temkin, *Galenism. Rise and Decline of a Medical Philosophy* (Nueva Cork, 1973). Después la completa visión de P. Moreaux, *Galien de Pergame. Souvenir d'un médecin* (Paris, 1985).

⁴ S. Crespo y L. Sagrado recogen en mapa de la p. 57 los lugares en los que la epigrafía muestra la presencia de médicos: *Tarraco*, *Ebusus* y *Danium*, en la Lusitania en *Merobriga*, *Emerita* y *Norba*, en la Meseta en Lara de los Infantes, *Cauca*, Madrid (?) y *Segobriga*, y en Andalucía en *Gades*, *Hispalis*, *Astigi*, *Corduba*, *Mellaria* e *Ipagrum*.

Sobre el segundo destacamos el conjunto de trabajos reunidos por G. Sabbah y Ph. Mudry (Eds.), *La Médecine de Celsus. Aspects historiques et littéraires* (Saint-Etienne, 1994). En España la monografía de F. Martínez Saura, *La medicina romana desde la perspectiva de De Medicina de A. Cornelio Celso* (Madrid, 1994). También en la bibliografía en lengua portuguesa sobre Celso destacamos la aportación de A. Sousa, “A Arte medica em Roma antiga nas De Medicina de Celso” (*Agora. Estudos Classicos em debate*, 7, 2005, 81-104).

En el caso de la última aportación de André, y al contrario de lo que es más usual, se concede una constatable mayor importancia y primacía a las informaciones (y al uso) de la obra de Celso respecto a la de Galeno. Esta constatación se confirma en el índice final (las referencias de la obra a Celso más que duplican las de Galeno). Esta opción no deja de ser original, escapa de la opinión más común, por lo que no tiene por qué ser compartida: en general, los estudios de Historia de la Medicina suelen coincidir en la característica más teórica del primero, y más de conocimiento práctico y real por parte del segundo.

La presencia de la medicina en la Historia de Roma presenta etapas diferentes, también en directa relación con la historia política y la evolución de la ciencia; la primera de ellas fue de carácter pre-científico, o proto-científico, en la cual la curación estaba muy ligada a la magia, pese a lo cual, incluso en ella debe reconocerse también el intento de explicación a partir de la observación. Ejemplo son las múltiples referencias a las *pestilentiae* en la Roma republicana. Así Tito Livio y Dionisio de Halicarnaso citan multitud de episodios desde el siglo V a.C. hasta el 175 a.C., siendo muy ocasionales y puntuales las que se documentan con posterioridad. Pestilencias que en esa época, en las explicaciones, aparecen ligadas a fenómenos míticos, a castigos divinos y a sortilegios, por lo general también en relación con situaciones de hambre (causa o consecuencia, o bien las dos al tiempo), y muchísimas veces la observación las ponía en relación con la estación del verano. En cualquier caso, la *pestilentia* reiterada de la Roma republicana, en la que aparecía de forma casi cíclica, es interpretada por la mayor parte de los investigadores con la malaria. En todo caso, André ya había tratado de estas referencias en su trabajo “La notion de Pestilentia à Rome: du tabou religieux à l’interprétation pré-scientifique”, *Latomus* (39, 1980, 3-16).

La asunción de la medicina de herencia griega, de origen hipocrática, encuentra en principio lo que se ha denominado “una paradoja cultural”, a saber, un proceso de resistencia. Ese rechazo no fue otra cosa que un rasgo de primitivismo presente en una buena parte del patriciado romano. Los escritos de Catón han sido utilizados en muchas ocasiones como muestra evidente de esa resistencia al desarrollo de una medicina científica, con un rechazo a la actuación de los médicos griegos, a los que llegaba a acusarse de pretender matar más que curar. Al respecto, debe mencionarse el trabajo de L. Gil, “Arcagato, Plinio y los médicos” (*Habis*, 3,

1972, 87-101) En todo caso, ahora en la obra de André se defiende el verdadero influjo del hipocratismo en Cicerón, como muestra clara su referencia a la actuación de los médicos serios que se esforzaban por conocer las características físicas del enfermo (anatomía y fisiología), y la *diaitè*.

Es indudable que el gran cambio de modernidad se produjo justamente en la época del Principado de Augusto. Suetonio atribuye esta transformación al influjo de un médico concreto, Antonio Musa, y a su actuación en Hispania. El emperador Octavio Augusto, cuando se hallaba actuando en las guerras cántabras, sufrió una desconocida enfermedad que le obligó a retirarse a la ciudad de Tarragona. La patología mostrada por el emperador lo puso al borde de la muerte. En ese momento el médico Antonio Musa, es de suponer que junto a otros remedios complementarios, aplicó una terapia basada en los baños. Este episodio ha sido estudiado, entre otros, por E. Gozalbes, “Los baños y la curación de Octavio Augusto en Tarraco”, en M.J. Pérex (Ed.), *Termalismo antiguo* (Madrid, 1997, 241-245).

La actuación de Musa ocasionó un cambio en la situación social de los médicos, puesto que él mismo fue elevado al orden ecuestre, y mereció que se le dedicara una estatua. El prestigio de Musa, y el agradecimiento imperial, permitió abrir las puertas a la promoción social a los médicos a partir de la alta consideración de la medicina como una de las artes. En este sentido, el análisis bien planteado por André de distintos escritos de Séneca constituye un magnífico testimonio de esta transformación en el aprecio social de la práctica médica. Y a partir de aquí, el control público de la medicina y de su enseñanza, los médicos oficiales de colonias y municipios, el servicio de la sanidad militar (que tuvo un despliegue enorme), o la actuación de los médicos de los gladiadores, que también ocupan un lugar en el estudio mencionado. Sobre este último aspecto, no olvidemos la actuación de Galeno de Pérgamo en la atención de los gladiadores, y acerca de la fisioterapia en la antigüedad, destaca la reciente aportación de S. Perea Yébenes, “Algunas consideraciones sobre la iatraléptica antigua y la constitución de Vespasiano a favor de los médicos de Pérgamo” (*Florentia Iliberritana*, 20, 2009, 201-225).

Un segundo aspecto muy importante, que permitió desarrollarse la actuación más concreta de Musa, fue el alto prestigio alcanzado por la curación a partir del uso de las aguas. El papel central de los baños de aguas determinadas, y de la ingesta de algunas de ellas, ha conducido incluso a la consideración de Musa y de otros médicos romanos como sencillos y simples “charlatanes”, con actuaciones derivadas del más puro hechicerismo (vid. T.S. Barton, *Power and knowledge. Astrology, Physiognomics and Medicine under the Roman Empire*, An Arbor, 1995).

En cualquier caso, es totalmente cierto que a partir de la época de Augusto, y durante todo el Imperio, tuvieron una enorme importancia las instalaciones balnearias, una de las más desarrolladas en el mundo romano, y de los que son buen testimonio en Hispania las termas de Alanje en Extremadura, estudiadas por J.M.

Álvarez Martínez, *Alanje y sus termas romanas* (Badajoz, 1973), y los múltiples topónimos “Caldas”. De hecho, a André no se le pasa por alto que en la famosa *Tabula Peutingeriana*, mapa de carreteras del mundo romano, las *Aquae* principales tengan presencia básica en las representaciones con su propio icono⁵.

En este sentido, el estudio de las instalaciones balnearias constituye una de las cuestiones más desarrolladas acerca del mundo romano, y que más han merecido la atención de investigadores muy diversos, tales como I. Nielsen, *Thermae et Balnea* (Oxford, 2 vols., 1990), o W. Heinz, *Römische Thermen* (Munich, 1983), y para el caso de la Galia las contribuciones editadas por R. Chevallier, *Les eaux thermales et le culte des eaux en Gaule et dans les provinces voisines* (Tours, 1992), y el análisis específico de otros trabajos editados por A. Pelletier, *La médecine en Gaule. Villes d'eaux, sanctuaires des eaux* (Paris, 1985).

En lo que se refiere a la España romana, destacan trabajos como los de F. Díez de Velasco, *Balnearios y divinidades de las aguas termales en la Península Ibérica en época romana* (Madrid, 1987), o las distintas aportaciones editadas por M.J. Pérex, *Termalismo antiguo* (Madrid, 1997, esta obra constituye las Actas de un Congreso sobre Termalismo hispano en la antigüedad), o por parte de estos dos autores, la edición de la Mesa Redonda sobre “Aguas mineromedicinales, termas curativas y culto a las aguas en la Península Ibérica” (*Espacio, Tiempo y Forma, Historia Antigua*, 5, 1992, 17-604, con numerosas aportaciones de distintos autores). Emblemático al respecto de este tipo de elementos religiosos puede ser la Cueva Negra de Fortuna, sobre la que remitimos al monográfico acerca de *El balneario romano y la Cueva Negra de Fortuna (Murcia)* (en *Antigüedad y Cristianismo*, 13, 1996).

Volviendo a la monografía de André, otro capítulo, titulado “La epidemiología positiva”, trata de una cuestión que ha llamado poderosamente la atención de todos los que se han ocupado de estas cuestiones: cómo entre la época de la tardo-república, y la parte principal del Alto Imperio, el Imperio Romano en general, y el Occidente romano muy en particular, se caracterizaron por un buen estado sanitario. Desde cuando menos la victoria de Pompeyo sobre los piratas, y más aún del triunfo de Octavio (Augusto) en *Actium*, el Mediterráneo fue un mar de comunicaciones, de contactos, de movimientos de personas y de mercancías, y sin embargo

⁵ El documento de la *Tabula Peutingeriana*, y en especial de sus iconos representativos de balnearios, templos, etc., ha ocasionado una atención bastante especial. Vid. entre otros estudios A. y M. Levi, *Itineraria Picta. Contributo allo studio de la Tabula Peutingeriana*, Roma, 1967; L. Bosio, *La Tabula Peutingeriana. Una descrizione pittorica del mondo antico*, Rimini, 1983; F. Frontera, *Tabula Peutingeriana. Le antiche vie del mondo*, Florencia, 2003. Sobre Hispania, E. Gozalbes, “En torno a la Tabula Peutingeriana y las vías romanas de Hispania”, en M. Criado de Val (ed.), *Caminería Hispánica. Actas del VIII Congreso Internacional*, Madrid, 2008 (publicación en CD), pp. 1-14.

ello no supuso durante más de doscientos años la extensión de grandes epidemias, hecho que es una evidente muestra de la salubridad general de tan extenso periodo.

André no realiza un estudio detallado sobre las epidemias del Imperio, aunque sí efectúa una buena aportación acerca del concepto de *pestilentia* en la literatura. Aún y así, defensor de los puntos de vista romanistas, el autor considera que la literatura romana sobrepasó ampliamente a la griega en lo que corresponde a la etiología de la epidemia, lo cual ciertamente es opinable. Múltiples datos sobre las epidemias en la antigüedad, y a lo largo de la Historia, están recogidos en el volumen editado por G.C. Kohn, *Encyclopedia of Plague and Pestilente* (Nueva York, 1995), obra en la que se recogen clasificados cada uno de los procesos endémicos documentados.

Hasta el siglo XIX buena parte de las pestes antiguas se identificaban con la terrible peste bubónica, la que había pasado a ser sinónimo de peste por sus efectos devastadores en el Mediterráneo desde el siglo XIV. Por el contrario, a lo largo de los siglos XIX y XX (a partir del criterio médico en relación con los síntomas que aparecen reflejados) se ha apuntado más la relación de las epidemias de la antigüedad con la viruela o el tífus exantemático, mientras en los últimos años (sin demasiado éxito, sin duda) contemplamos la existencia de propuestas emergentes, con pandemias de triste actualidad como el Dengue o el Ébola. Propuestas que surgen a partir de la moda de un estudio epidemiológico del momento.

No obstante, debe tenerse en cuenta el estudio de W.H. McNeill, *Plagues and peoples* (Nueva York, 1976, existe trad. esp. *Plagas y pueblos*, Madrid, 1984), que ha estudiado con amplitud el marco teórico de la difusión de las enfermedades infecciosas y las epidemias, cuestiones en las que se ha convertido en una obra de referencia básica. El análisis del autor concluye en la particularmente fuerte incidencia de las epidemias en el declive de algunas civilizaciones. Nuevamente, esta opinión no es compartida por muchos investigadores que consideran algo exageradas algunas narraciones sobre pestilencias en el mundo antiguo. La revisión de las pestes que acometieron el Imperio en el siglo II, en especial en época de Marco Aurelio, permite relacionar la misma con la irrupción de la viruela, tal y como se ha expuesto por E. Gozalbes e I. García, “La primera Peste de los Antoninos (165-170). Una epidemia en la Roma imperial” (*Asclepios*, 59, 2007, 7-22).

Volviendo a la reciente obra de André, la terapéutica ante la medicina general y las acciones de carácter especializado son objeto del capítulo séptimo de la misma. Es importante, y ya con larga tradición en la historiografía, el recurso a la arqueología para documentar el instrumental, que es bien conocido en general, por ejemplo en obras como la de J.S. Milne, *Surgical Instruments in Greek and Roman Times* (Chicago, 1976), y anteriormente la de T. Meyer-Steineg, *Chirurgische Instrumente der Altertums* (Jena, 1912), con ejemplos significativos en Pompeya en la “casa del cirujano” (trabajos de G. Penso o R. Jackson), o en la España romana.

Con respecto a Hispania, al respecto hay trabajos muy diversos, que se iniciaron sobre todo con el estudio de A.E. Floriano, “Aportaciones arqueológicas a la historia de la medicina romana” (*Archivo Español de Arqueología*, 44, 1941, 415-433), con las piezas de Ampurias estudiadas por M. Oliva, “Los instrumentos de cirugía de bronce procedentes de Ampurias” (*Memorias de los Museos Arqueológicos Provinciales*, 6, 1945, 54-57), el estudio concreto sobre Mérida por parte de M. Sanabria, *La medicina emeritense en las épocas romana y visigoda* (Mérida, 1977), o el instrumental de la “casa del médico”, en la ciudad de Ercávica estudiado por A. Fuentes, “Instrumentos romanos de medicina en el Museo de Cuenca” (*Archivo Español de Arqueología*, 155-156, 1987, 251-274)⁶. Una mayor síntesis se encuentra en la monografía de E. L. Borobia, *Instrumental médico-quirúrgico en la Hispania romana* (Madrid, 1988).

La obra de André apuesta por una interpretación positiva de los remedios romanos, basados en la comprobación empírica y la enseñanza, frente a la visión primitiva que se deduciría de la mordaz crítica de Marcial, cuya atribución de “charlatanismo” a los médicos es aquí bien contestada. Como buen ejemplo, la atención de Galeno hacia el tema de la formación, recomendando el aprendizaje de la anatomía mediante la disección de monos, y su comparación con los datos recogidos en los libros de medicina. Y también podemos añadir el papel de la experiencia profesional como es el caso de la obra médica de Areteo de Capadocia, como ha destacado M.E. Pérez Molina en su magnífica “Introducción” a la traducción española (Areteo, *Obra médica*, Madrid, 1998, pp. 9-37).

André encuentra en la medicina romana un más amplio lugar para el debate y la crítica, y a su vez con un desarrollo bastante considerable del concepto de “sanidad pública”, que tuvo su núcleo básico en la higiene y en la cultura del agua. Cuestiones que también se complementan con las tratadas en el último capítulo, sobre la relación entre la medicina, la filosofía y las patologías; más allá de la propia medicina, André elogia la (por lo general) denostada filosofía romana, y muy en concreto la de la “Edad de Oro de los Antoninos”. Después del análisis de las consideraciones literarias, se analiza el pensamiento referido al suicidio.

Una ausencia importante en la obra de André, de forma indudable totalmente voluntaria, es la de un análisis referidos a la edad de defunción, o “esperanza de vida”, y a las causas de fallecimientos, con hechos diferenciales entre hombres y mujeres, o a las patologías óseas y dentarias documentadas por la arqueología en las necrópolis de época romana. Cuestión no afrontada porque escapaba del estilo de la obra, y que tiene una extensísima tradición, con actualizaciones de Carmen

⁶ Ángel Fuentes estudia también unas piezas de *Valeria*, en concreto un *Espathomele*, un *Auriscalpium*, lo que identifica como un posible instrumento abortivo, un dilatador de vagina (o ano), un *Specillum* de *Segobriga*, varias piezas de la necrópolis tardorromana de Albalate de las Nogueras (pomos de botica).

García Merino (*Análisis de la población de época romana*, Valladolid, 1974) para Hispania, y de J.M. Lassère (*Vbique Popvlvs*, Paris, 1977) para el África romana.

El volumen colectivo titulado *La mort, les morts et l'au-delà dans le monde romain* (Caen, 1987) actualizaba algunos planteamientos. Como estudio reciente destacamos la Tesis Doctoral de Joaquín Baxarias, *La enfermedad en la Hispania romana. Estudio de una necrópolis tarraconense* (Zaragoza, 2002), en la que el estudio por vez primera en España de dos centenares y medio de esqueletos permite una aproximación bastante importante. El propio libro del Doctor Mirko Grmek, *Les maladies*, que André no parece conocer, le hubiera permitido una aproximación a algunos aspectos dignos de ser tenidos en cuenta en relación con la incidencia de determinadas enfermedades en el aumento de la mortalidad. Cuestiones éstas que tratamos en trabajo anterior de esta misma revista (E. Gozalbes, "La demografía de la Hispania romana tres décadas después", *Hispania Antiqua*, 31, 2007, pp. 181-208).

Pese a esta voluntaria ausencia,, el profesor André ha realizado una magnífica obra, bastante completa en los temas, y muy bien documentada, sobre la medicina romana. Además, la misma está repleta de sugerencias para profundizar en los estudios, así como de planteamientos que intentan rebasar las visiones más tópicas. Debe tenerse en cuenta que en el aspecto de la medicina, al igual que en otros muchos elementos, la civilización romana se caracterizó por una curiosísima síntesis entre el carácter primitivo y arcaico del imaginario, y de un significativo modernismo en muchos planteamientos, cuestiones que también han sido destacadas recientemente por parte de M. Conde Salazar, "La Medicina en Roma", en J. Martínez Pérez (Coord.), *La Medicina ante el nuevo milenio. Una perspectiva histórica* (Cuenca, 2004, pp. 775-789).

Los investigadores sobre la civilización romana, según cada caso, han destacado los componentes arcaicos o los modernos. Y no es menos cierto que, de forma muy usual, los rasgos primitivos de Roma se han destacado en mayor medida en contraste con la civilización griega. Este pretendido contraste entre la civilización griega y la romana, con una preeminencia cultural de la primera, es muy usual en un sector de los estudiosos, señaladamente lo fue en el profesor M.I. Finley), mejor conocedor de la civilización griega. En el terreno concreto de la Historia de la Medicina, ese contraste que por lo general se considera favorable a Grecia, está muy presente en una multitud de investigadores, que además tiene en su apoyo documental el propio rechazo de un sector de la literatura latina hacia la medicina griega de carácter científico (el hipocratismo). Por el contrario, la obra de André ha analizado la medicina romana como una alumna bastante aventajada de la helénica, y dotada de una cierta originalidad. El dossier de discusión sobre la Medicina romana continúa sin duda, puesto que en estos casos de comparación las respuestas no pueden ser definitivas, si bien Jean-Marie André ha aportado argumentos a la visión positiva y modernista de Roma.